

EL RADICAL

SEMANARIO POPULAR

TORTOSA

Sábado 10 de Agosto de 1912

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza O'Callaghan, núm. 5

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Trimestre. — 0'75 pesetas
Pago anticipado

Quan cou, cura

¡No li faltava altra al raquitich «Pueblo», anémich com lo seu amo, despreciat de totes les persones desents y mirat en indiferéncia dels seus matexos correligionaris! ¡no li faltava altre que la laboriositat dels jóvens propagandistes católichs, la tongada de mitins tan oportunament començada y que tan gloriosa y fructuosament va desenrollantse per les partides rurals y suburbis tortosins!

A pesar de la seua especial prudéncia, no ha sapigut dissimular la cuissor que li causa esta espléndida manifestació de vida católica que l'acabarà de desprestigiar a la nostra comarca y que més d'una vegada trabarà la llengua dels *arranca-quaxals* republicans, porque ben sovint será'l matex l'auditori dels uns y dels altres y molt pareguda la materia que bax diversos aspectes uns y altres tractarán.

Des d'aquella famosa batcada de les eleccions provincials, quan va apareixer aquell célebre número de EL RADICAL que D. Marcellí va patejar fent bromera per la boca, desd'allavontes no l'haviem vist may tan esbalotat com estos dies lo setmanari condemnat que ensenya la seua vergonyosa ràbia, que confessa implicitament la seua impoténcia en articles asquerosament biliosos com «Los que matan» y amaricadament calumniosos y blasfems com «Sanguinarios y Malvados».

Y'l cas es que, segons les seues doctrines, lluny de veurehi un entorpidament, hi havien de trobar una ajuda en la aparició dels jóvens propagandistes. ¿No suspiraven per la aparició d'enemichs que'ls puguesen proporcionar sorolloses victòries davant d'un públich imparcial? No s'han esbarrat cinquanta dotzenes de vegades contra'ls que només prediquen dins de les iglesies aont no se'ls pot replicar porque la lley protegix les seues *farses*, y no han desafiát als que no creyen disposats a fer cas de les seues bravates demanantlos que's presentessen a la plaça, al periódich, al café o a la paridora del bestia pera ventilar a la llum del dia y sense artificis sugestius ni proteccions oficials, de quin cantó está la veritat y de quin la mentida, quins son los amichs, quins los enemichs del poble esplotat. Pos

aquí está'l nòstre periódich y les nòstres plumes que vos heu vist obligats a *despreciar* porque sou uns cobarts, y allá están los jóvens propagandistes católichs, y allá les jóventuts jaumistes, y allá ls *crios* del requeté que vos subleven la sang de xufa, que vos posen nerviosos, pero ben tancats dins de la habitació aont vos desfogueu escribint articles antiliteraris porque no son bons per a res més.

Entreteniuvos en escoltar a *Don Pedancio* mentres vos bossa unes quantes planes de qualsevol Manual de Geografía fent *atinades consideracions* sobre la situació y limits dels Estats Units, que quan vos despertesseu de l'embadalliment narcotich en que vos ha sumit lo mestre que obra sempre com si sempre tractés en bassinets d'estudi, vos trobaréu com lo negre del quento: en lo cap calent, los peus frets y potser una xiuladissa estrepitosa allá aont vos haviéu pensat trobarhi grapat de vots.

Sisquera la cuissor que vos ha produit la aparició dels jóvens propagandistes fos com la de la pedra infernal que sol tornar la vista perduda o debilitada! Pero, ¡ca! als ulls dels redactors de «El Pueblo» hi tenen més faena 'ls paletes que 'ls metjes y 'ls apotecaris, porque no's tracta de cremar tels ni d'operar catarates, sino d'arrancar robots.

¡Avant, jóvens propagandistes católichs de Tortosa! Heu emprés una campanya digna del vostre nom y de la Congregació de la qual sou fills.

TARDE ROJA...

Pablo había huído. En la casuca pobre, desmantelada, quedaba un halo triste de soledad; de aniquilamiento. La viejecilla dulce lloraba de vez en vez, en el amargor de una pena honda, llena de oscura.

Por la plazoleta angosta pasó un hombre absurdo, cruel, que decía cosas horribles en un gesto orgiaco, bárbaro.

Los vecinos dijeron a la viejecilla que era un socialista; un gran orador que iba abriendo los ojos a los inocentes, a los pobretones. Y la vieja quedóse ayuna; ella sólo alcanzaba cosas del hogar y del santuario.

El monstruo de la plazoleta pro-

vinciana siguió en su oración alevé, como canción de bárbaros.

Un día surgió Pablo alocado y frenético.

La madre cariñosa le sonrió en un mohín de ternura.

—Madre, me voy a Barcelona.

—¡Hijo, por Dios!

—Ese hombre que estás viendo hablar junto a nuestra puerta me lleva a un taller. No tengas miedo; yo te mandaré dinero, mucho dinero; y cuando gane más, te llevaré a Barcelona.

¡Verás, madre, verás!

—¡Cuánto mal en el mundo!

¿Quién es ese hombre?

—Ese es un sabio. Dice cosas fuertes. ¡Es para nosotros como un padre!

—Pero ¿a quién predica con tanto gesto loco?

—Nos habla a nosotros, a los pobres. Nos dice que los ricos nos ahogan, que el dinero nos insulta, nos encadena.

—¡Jesús! que ese hombre es maldición de trasgo!

—Nos dice, madre, que la religión es un cuento mal, venenoso...

—Por el Santo Dios, ¡qué horrible! Y tú, hijo mío, ¿a dónde has de ir con é?

—Yo trabajaré, madre; aprenderé a odiar a los tiranos.

—Dí a ese hombre que Jesús sólo manda amar.

—¡Jesús! ¡Jesús!... Y el muchachón renegrido junto al horno lanzóse a la calle en una carcajada sonora.

La estridencia de su reír puso temblor en la casuca. Luego todo tornó a un amplio silencio monacal.

Pablo huyó lejos, a tierras catalanas.

La viejecilla lloró penas en el rincón de su cuartucho húmedo y desmantelado.

II

En el atrio, combo de la iglesia había murmullo de comadres. La gente entraba a orar, pia, cariñosa. Dentro, en el santuario magnífico, un esplendor rutilante de cirios santos, y junto al sagrario donde imperaba Dios una corona de luces, como cortejo de estrellas. En la torre gótica un trío orquestal de campaneó, y siempre... en el atrio combo un murmullo de comadres. Hablaban de Pablo. ¡Pobre Pablo! Se había hecho malo; ¡de esos que el cura decía anaquistas! De cárcel en cárcel rodó sin tregua.

La viejecilla, corva, doliente, pasó a orar. Luego todo fué silencio fuera, y dentro todo oración.

El templo hervía en fervor. Todos rezaban devotos. En el púlpito hornado un sacerdote oraba recio el Rosario. Y en el rincón opaco la madre lloraba.

«Santa María, Madre de Dios—decía el pueblo. Y la viejecilla intercalaba plañendo: «Madre de mi Pablo también; yo te lo ofrecí.»

«Ruega por nosotros, pecadores» —repetía la gente! Y ella: «Sí, pide por él al Señor; si tú quieres, él será muy bueno.»

«Ahora y en la hora de nuestra muerte». La madre musitó: «No le dejes morir en pecado, no...»

En esto, un estallido enorme aturdió el templo. Hubo crujir de astillas, humo de tragedia y sangre de inocencia. De pronto, entre el griterío y la turba que se amontonaba, emergió Pablo, sereno, sádico, altivo. Nadie habría sospechado que él fuese el criminal. Una bomba había estallado, y nadie vió la mano criminal que la arrojara. Luego desfilaron camillas. Sobre ellas había torturamientos inicuos.

Pablo sonreía. Mas de pronto una visión lo ahogó. Su madre agonizaba. Como un tigre loco se arrojó sobre ella, y en un beso inmenso, hondo, lloró Pablo. En el pecho de su madre resplandecía una cruz; Pablo puso en ella un ósculo y gritó. Era un alarido de arrepentimiento.

LESBIO.

Avaricia de los jesuitas

Dijolo ya el candidato republicano D. Ricardo Fuente en una hoja que se repartió profusamente por esta ciudad y que fué tal vez la causa de su derrota, y lo ha repetido Marcelino Domingo en su artículo defendiendo la blasfemia.

Aquel candidato roveado por los clericales en distintas elecciones, acusó a los jesuitas de valerse del confesionario para «captar herencias»; y Marcelino Domingo, no queriendo ser menos, acaba de decirnos que los jesuitas se valen del confesionario para «arrancar fortunas».

Hablemos claro; hace más de treinta años que los padres jesuitas viven entre nosotros. ¿Podrá decirnos Marcelino Domingo, podrá decirnos algún vecino de Jesús, qué

herencias han captado, qué fortunas han arancado los jesuitas, ni por medio del confesionario ni de otra manera?

Nosotros invitamos á Marcelino Domingo, y no sólo á Marcelino Domingo, sino á todos cuantos lean este artículo, á que citen un solo caso en que un jesuita haya sido heredero ó siquiera legatario en un testamento.

Obras son amores y no buenas razones. Vamos á ver quién levanta el dedo, señores guapos, señores parlanchines, señores anticlericales; un caso, un sólo caso que haya ocurrido en treinta años, esto es, desde que hay jesuitas en el vecino arrabal.

Cuenta si han pasado jesuitas por los confesionarios del Jesús, y si han acudido penitentes á confesar sus pecados; cuándo ha ocurrido eso?

Nosotros si sabemos de algunos jesuitas que han renunciado á la parte de herencia que les correspondía en los bienes de sus padres, y les citaremos al Hermano Valldeperes, del arrabal de la Leche, cuya familia vive en la partida de San Lázaro, y nosotros le citaremos también al P. Fernández, cuya escritura de renuncia autorizó el notario de esta ciudad D. Félix Olesa; son casos éstos en los que personalmente intervenimos.

También podremos contarles á D. Marcelino Domingo y á sus amigos, que en Jesús y en Roquetas, sin ir más lejos, son muchos los padres que han sido convenientemente asistidos por haber entrado hijos suyos en la Compañía; se trata, naturalmente, de familias pobres.

¿Desea conocer esos nombres Marcelino Domingo? Pues aguarde un momento y satisfaremos su curiosidad.

El P. Tafalla, misionero, fallecido en Filipinas, y natural de Jesús ó de Roquetas, no podemos precisar esta circunstancia, era hijo de una familia humilde, y sus padres mientras vivieron cobraron una pensión proporcionada á su estado social; y la familia del H. Canalda, de Jesús; y la del H. Llatse, del mismo arrabal; y la del P. Chavarria, de Roquetas, y la del P. Maigi, de la misma ciudad, y otras que no recordamos en estos momentos y de cuyos nombres podría enterarse con sólo preguntarle á los vecinos de Jesús y de Roquetas.

¡Sí, señor, sí; todo eso hacen los jesuitas, esos jesuitas acusados de captar herencias y de arrancar fortunas. ¿Y V. no sabía eso? No nos extraña, porqueseon muchas las cosas que V. ignora relacionadas con los jesuitas.

Ahora le toca á V. el turno; ahora debe V. decirnos en qué testamento ha leído V. ni nadie el nombre de un jesuita instituido heredero ni siquiera legatario.

Pero V. se callará, ¿no ha de callarse? Y correrá la mentira y subsistirá la acusación en la memoria de cuatro infelices que se tragan las bolas como los peles de Carnaval.

Si nosotros dijéramos que Marcelino Domingo se vale del periódico y del mitín como pretexto para pedirles dinero á sus amigos, ¿no tendría, derecho y derecho perfectísimo, á exigirnos que publicáramos los nombres de esos amigos para que supiera todo el mundo que eso no era verdad, que habíamos obrado como unos falsarios? Pues eso mismo exigimos de V.; vengan hechos, denúncielos, y caiga quien caiga.

Vamos á ver; en treinta años que están los jesuitas en Jesús, ¿qué herencias han captado y qué fortunas han conseguido arrancar?

¿No lo sabe usted? Pues si no hubiere muerto, acaso podría decirsele á usted aquel republicano de Roquetas tan amigo del P. Pujadas.

Era un republicano furioso, anticlerical hasta la médula de los huesos, si es que la médula de los huesos puede ser anticlerical; era un buen sujeto, pero le quitaron, mejor dicho, le robaron la fe, y en cuanto oía hablar de curas ó de frailes ó de jesuitas se daba á los trigos... del diablo.

Pero... cayó enfermo; era pobre, y ocurrió lo que suele ocurrir; á los enfermos pobres no les socorren ni les consuelan más que los católicos. Fué á visitarle el P. Pujadas (si el P. Pujadas llega á saber que publicado este hecho me dá una cachetina de padre y muy señor mío; suerte que está muy lejos), fué el P. Pujadas á visitarle, como digo, y... ¿un jesuita? ¡largo de ahí! Volvió otra vez, le recibió y quedaron amigos, tan amigos, que ya quisiera Marcelino Domingo tener en su última enfermedad un amigo tan sincero y tan valioso como aquel Padre.

Y lo que le valió para el cuerpo y para el alma aquella amistad al pobre anticlerical.

Por esto digo que si viviera, acaso podría contarle cuántas herencias han captado y cuántas fortunas han arrancado los jesuitas valiéndose del confesionario.

Créalo V., Marcelino; cuanto más disparete V., más tendrá de que arrepentirse tiempo á venir.

BON COR

Tant mateix el masover del Mas de la Nogarola ha sigut ben desgraciati!

En menos d' un any ¡pobre home! ha vist morir fill y net y s' ha quedat sol y pobre, ab un feix d' anys al damunt que li han xuciat ya les forces. Mireulo, dret al brancal, dirieu timent que plora.

L' amo, ab lo masover nou, vindrá dintre poca estona; cuantes voltes lladra 'l gos, lo vellet sua d' angoixa.

Ell no la pot treballar l' hisenda, ya ho sab de sobras, mes pensant en deixá 'l Mas sent que la pena l' afoega.

No es estrany. Era xiquet cuan entrá a la Nogarola; no hi ha cap roca al torrent ni en la boscuria cap roure hont ell no hi haiga puigat a afoillá nius a tothora.

Aquí aprengué de cavar; les suades de son rostre totes les guarda 'l terreny; aquí celebra les bodes ab la Róssa del Moll...

¡quín día! ¡prou s' en recorda!

¡Qué ditxós era allavóns!

Tenia pares, esposa, aviat hermosos nins del cor esperansa dolsa.

Tots son morts, ya es tot solet...

¿Ahont anirá 'l pobre Jordi?

Trasplantar un arbre vell es com tirar-lo a la fossa.

—¡Ya son aquí! ¡Válgam Deu!

Ya n' es arribada l' hora...

Y surtint fora al carré, al amo, ab ma tremolosa, entrega totes les claus.

—Guardéules enhorabona,

—li salta l' amo; y festós tocantli l' espatlla;—Jordi,

vos no 'n haveu d' eixir may del mas de la Nogarola;

el nou masover ya ho sab,

el primer plat será 'l vostre;

minjeu y bebeu tranquil;

yo ya sé lo que 'm pertoca.

Lo vellet no pot d' un mot,

sols les llágrimes responen;

mes d' aquell' hora en avant,

quan resa 'l Rosari en Jordi,

axís que s' han acabat

los devots «ora pro nobis»,

conmogut, alsant la veu,

diu: —Resém un pare-nostre

per l' amo; que per molts anys

salut y sort Deu li doniga...

A. G. y G.

DEFENSOR DE LA BLASFEMIA.

No ya en Tortosa, sino en la mayor parte de las poblaciones de España, se ha levantado cruzada contra la blasfemia; cruzada á la que se han adherido periódicos nada sospechosos de clericalismo, publicaciones que han alzado su voz de protesta contra ese vicio desconocido en los pueblos incivilizados.

Pero frente á esa cruzada en pró de la cultura del pueblo español, el semanario republicano de esta ciudad se ha plantado en medio del camino, y exhibiendo su mala figura, ha dejado oír una série de ladridos en forma de artículo firmado por Marcelino Domingo.

«Dadle escuelas al pueblo, y no blasfemarás», escribe Marcelino Domingo.

¿Sí? ¿Cree Marcelino Domingo que el pueblo no blasfemaría si le dieran más escuelas? Pues oiga un sucedido:

Era en época de exámenes, y paseando por los claustros del Instituto de Tarragona un amigo nuestro, hubo de reprender á varios estudiantillos que blasfemaban como carreteros, llamando luego la atención de un joven que les acompañaba, para que les impusiera silencio.

¿Sabe Marcelino Domingo quién era ese joven que acompañaba á los blasfemos? Pues era su propio hermano D. Juan Domingo Sanjuan, quien efectivamente les llamó al orden.

¿Y sabe Marcelino Domingo quiénes eran esos estudiantillos? Pues eran discípulos del propio Marcelino Domingo, á los que había preparado

en su escuela de Roquetas, y que habían ido á Tarragona á examinarse.

Con que... V. dirá.

¿Escuelas? ¿Y qué clase de escuelas pedirá Marcelino Domingo para que el pueblo no blasfeme? ¿Escuelas Modernas, escuelas laicas, donde se enseñe á no respetar el santo nombre de Dios? ¿Escuelas en donde se llegue hasta negar la existencia de Dios, presentándolo como invención de curas y frailes? ¿Escuelas en donde no se le dé al pueblo la menor idea de religión, antes se le diga que todas las religiones son igualmente falsas, y se le enseñe que muerto el perro se acabó la rabia, y que más allá de esta vida no hay otra justicia, eterna, inmutable, que no se deja sobornar por la política ni por el dinero, y que premiará ó castigará según las obras de cada cual, enmendando los yerros ó las iniquidades de la justicia humana?

¿Esas escuelas pide Marcelino para el pueblo? Pues diga entonces que lo que desea es que aumente el número de los blasfemos y que la ola de cieno, de podre y de inmundicia lo invada todo y todo lo manche y anegue en un mar nauseabundo, asqueroso y repugnante de suciedad, de porquería y de barbarie.

Si, ése es el progreso, ésa es la cultura que predicán y defienden los modernos anticlericales.

Lengua libre y suciedad á todo pasto.

Las naciones modernas, las legislaciones de muchos pueblos han podido transigir con el juego y con la prostitución, y hasta con el robo y el pillaje que llamaron desamortización; pero sépalo el semanario republicano, sépalo Marcelino Domingo, no hay pueblo alguno en toda la redondez de la tierra, no hay legislación alguna que autorice ni declare lícita la frase brutal, impia y desvergonzada que se llama blasfemia, porque es la palabra más baja, más ruin, más indigna y más inculta que puede salir de la boca de un ser racional, de un hombre consciente.

Y con ser ello verdad, y verdad innegable, Marcelino Domingo empuña la pluma y escribe:

«El pueblo blasfema y hace bien.»

Eso es todavía más odioso y más bajo y más repugnante que la misma blasfemia, porque eso es alabarla y defenderla, sin la excusa ó atenuante que pudieran tal vez alegar los blasfemos de plazuela ó de bodegón.

«El pueblo blasfema porque no tiene pan» dice; pero eso es falso de toda falsedad, porque ni blasfeman todos los que no tienen pan, ni carecen de pan todos los que blasfeman. Se blasfema en la taberna, en el campo, en el taller; pero ¡cuántas blasfemias no se oyen en casinos, en teatros, en el tren, y lanzadas por hombres que no viven de su trabajo personal diario!

No es el hambre la causa ocasional de la blasfemia; es la ineducación social y la falta de instrucción religiosa. ¿Cómo si no, podrá explicarse que se profirran esos insultos

repugnantes contra Dios aún en la conversación tranquila y reposada, hablando de negocios, del tiempo, ó de la próxima cosecha?

«Dadle al pueblo la parte de tierra que le corresponde, y no blasfemaré», añade Marcelino Domingo.

¿Cómo? ¿También socialista? ¡Amigo también de la repartidora? Es la cuenta del que nada tiene, del que nada posee, del que no paga un céntimo de contribución, del que no va más que á ganar estableciendo el reparto de la tierra entre todos los hombres.

No admite Marcelino Domingo la propiedad territorial en la forma en que está hoy día, y lo que pide es que quien á fuerza de trabajo, de ahorro y de abstinencia ha logrado adquirir una propiedad, ó la heredó de sus padres, ese debe desprenderse de ella, debe repartirla entre los que no la tienen... y todos contentos; se acabó la blasfemia, y el mundo sería una balsa de aceite, la justicia reinaría en el mundo.

¡Cuántísimo disparate y cuántísima petulancia! ¿Cómo no les predica eso mismo á Lerroux y á Pablo Iglesias para que distribuyan los palacios y las casas compradas recientemente en Madrid?

Esta noche ó mañana llegará á Tortosa el diputado republicano señor Nougués; anuncie en el mitin que va á repartir lo que posee, y le prometemos que otros seguirán su ejemplo.

«Dadle al pueblo socorros cuando esté enfermo, dadle retiros cuando esté viejo, y no blasfemaré».

Si, eso es; funden asilos para ancianos, los católicos, y luego los republicanos de la semana trágica irán á incendiarlos, á destruirlos, como hicieron en Barcelona.

Pero, eso aparte, ¿por ventura son asociaciones anticlericales las Conferencias de San Vicente de Paul y de la Caridad Cristiana? ¿Son instituciones republicanas los Asilos de ancianos pobres desamparados? ¿No? ¿Pues en dónde están las vuestras? ¿Cuáles son, en dónde están las obras, los asilos, los hospitales, las casas de curación que vosotros, los anticlericales, habéis fundado para cuidar y asistir á los enfermos, á los ancianos?

No pidáis á las masas, no pidáis al pueblo republicano que los levante él con su dinero, porque no puede hacerlo, porque el pueblo es pobre, muy pobre; nosotros que le visitamos en sus miserias, en sus necesidades, llevándole pan y consuelos, nosotros lo sabemos. Levántenlos esos asilos los republicanos, los anticlericales ricos, que si los hay y en Tortosa no faltan ni en otras partes. ¿Por qué han de hacerlo todos los católicos? ¿Qué hacéis vosotros por el enfermo pobre, por el viejo pobre? Decidlo.

Ved á qué punto han llegado esos ilustradores del pueblo: á justificar y defender la blasfemia, que, si no por otra razón, siquiera por cultura, por educación y por buena crianza, deberían censurar, execrar y maldecir.

«El pueblo blasfema, y hace bien», ha dicho Marcelino Domingo.

Con estas palabras ha hecho él mismo su retrato.

Ahí está de cuerpo entero.

BOCADILLOS

A Pedro Corominas, director del periódico republicano «Lo Poble Catalá», se le sigue causa criminal por las infames calumnias publicadas por aquel diario contra las monjas del Asilo de Santa Isabel, de Gracia.

Llevado el asunto al Congreso, los republicanos, como es natural, defendieron á su compañero; pero no resulta ya tan natural que entre los republicanos figure defendiendo á aquel calumniador nuestro diputado el Sr. Marqués de Villanueva y Geltrú.

Un día, en la plaza del Rastro levanta su voz para ensalzar entre Obispos y sacerdotes las virtudes de Mossén Sol; y otro día, en el Congreso, levanta su voz también, mas no para defender á las monjas y á los sacerdotes, sino para ayudar á un anticlerical acusado de haber injuriado y calumniado á sacerdotes y á monjas.

No lo entendemos.

¿D. Ricardito, el de Cenja; no se oculte V., hombre!

¿No se acuerda V. que le devolvimos la calabaza que les largó á sus congéneres en el famoso discurso que les echó V. y que nosotros comentamos hace algunas semanas?

¿De dónde demonios sacó V. que los católicos condenaran á muerte y quemaran vivo á Servet?

Vamos, hombre; sea V. franco y diga que se equivocó.

¿Qué caso van á hacer de V. sus discípulos, si las suelta tan garrafales?

¿Que la Inquisición condenó á Servet!

¿Veritat que aixó es mentida? ¡No 'n solten poques de boles aixos predicadós de mitin!

¿Por qué se muestran tan sabios entre la gente del campo, y con EL RADICAL no quieren discurrir?

Quieren acabar con la Iglesia, y un solo clerical los fa temó.

A Marcelino Domingo se le ha escapado una verdad, y esa verdad vamos á consignarla aquí:

«El obrero de España sabe ya por qué ahora se le acerca el sacerdote, y para qué se le acerca.»

Efectivamente, si que sabe por qué se le acercan ahora y por qué se le acercaban antes y por qué se le acercado siempre el sacerdote y el religioso, y sabe también por qué se le acercan los anticlericales.

Para fundar Cooperativas y Sindicatos, como los que funcionan en Bitem, en Remolinos, en Roquetas, en Jesús, en Perelló y en otras paridas rurales y en otros pueblos.

¡Vaya si lo saben los obreros,

y principalmente los obreros del campo!

Y sabe por experiencia que al Hospital ó á la cárcel van á visitarles no los anticlericales, sino los sacerdotes y los religiosos, y los individuos de las asociaciones por ellos fundadas; y sabe que los Hermanos de San Juan de Dios recogen y asisten y piden limosna para mantener á los niños pobres escrofulosos, típicos y lisiados; y sabe que, entre otras obras de caridad, los Padres Jesuitas asisten á los leprosos, como el Padre Faura en la leprosería de Fontilles, y sabe que los religiosos salesianos educan, alimentan, visten y enseñan un oficio á los niños pobres, á los golillos, que sin esos religiosos tal vez irían á morir en un presidio.

¡Vaya si lo sabe el pueblo!

Como sabe también que los sacerdotes Camilos asisten gratis á los enfermos pobres, como hacen las Siervas de Jesús, las Hermanas de la Santa Esperanza y las Siervas de María; y sabe el pueblo español que esos consuelos y esa asistencia nunca los reciben ni los han recibido de los anticlericales, de los amigos de Marcelino Domingo.

Pero también el pueblo español sabe otra cosa.

Y es que los anticlericales, los republicanos, los revolucionarios, sobre no darles nada á los pobres, á los enfermos, á los encarcelados, incendian los asilos en donde se recogen los niños enfermos, los pobres desamparados, las mujeres arrepentidas, los ancianos desvalidos; sabe que los mayores enemigos de esos protectores del pueblo son los revolucionarios, los republicanos, los anticlericales, y sabe, por último, que predicando el odio y el exterminio de los asilos y de los conventos y de las casas de caridad, los anticlericales y los revolucionarios y los republicanos de alto copete comen y engordan y prosperan y se enriquecen y compran palacios y adquieren automóviles y viajan en trenes de lujo y se dan la gran vida.

Si, todo eso y mucho más sabe el pueblo español.

¿Querrá decirnos ahora Marcelino Domingo, querrá decirnos esa turba, compuesta de vivos que van á su negocio y de estúpidos que no ven más allá de sus narices, cuáles son las obras realizadas por anticlericales en beneficio del pueblo español? ¿Qué asilos han fundado? ¿Qué talleres? ¿Qué hospitales para los leprosos?

¿En dónde están los anticlericales que hayan consagrado su vida al cuidado y asistencia de los locos, de los sordo-mudos, de los leprosos, de los enfermos pobres?

Pan hay que darle al pueblo; no discursos ni vana palabrería, que no llena el estómago ni hace hervir el puchero.

¿Qué pan le dáis vosotros al pueblo español.

Venga la lista que os pedimos, y crearemos en la bondad de vuestras doctrinas.

Oigan ustedes á Marcelino cómo disparata, se contradice y ni él mismo llega á entenderse:

«Lo que ofende á los cielos...»

«Lo que ofende á los cielos...»

«Lo que ofende á los cielos...»

«Eso ofende á los cielos.»

Luego Marcelino Domingo admite la existencia de los cielos.

Bien; ahora... punto y aparte.

Continúa Marcelino Domingo: «... el pueblo sabe que son malos los hombres que creen en Dios.»

¿Que creen en Dios? Luego Marcelino declara que no cree en Dios, porque en otro caso diría, «creemos en Dios».

Si, pues, cree en la existencia de los cielos y no cree en la existencia de Dios, ¿quién hay en los cielos que pueda ofenderse con las injusticias de los hombres?

¿Dios no existe y los cielos existen? ¿Quién entiende ese embrollo?

¡Tupi... namba, café de la Tupi-namba! ¿Quién pide más?

Escribe Marcelino Domingo:

«Hoy ya nadie cree en el infierno.»

¿No? ¿Usted no cree que haya infierno? Está bien; pero ¿y si luego resulta que sí que lo hay? ¿Cuáles serán las consecuencias de esa equivocación?

Contéstese V. á estas preguntas: Yo digo que no hay infierno, yo quiero engañarme á mí mismo diciéndome que no creo en Dios; pero, vamos á ver: ¿Quisiera yo morir después de lanzar una blasfemia? ¿Moriría completamente seguro de que nada había de ocurrirme al acabar esta vida?

El obrero socialista Ramón Franquet ha empezado á cumplir su condena, impuesta por la Audiencia de Tarragona en la causa seguida con motivo de los escándalos ocurridos en la Casa de la Ciudad hace un año.

Marcelino Domingo fué con su intemperancia el autor moral de aquel alboroto; pero tuvo la precaución de escabullirse á tiempo del salón de sesiones, y dejó á sus amigos en la estacada, como vulgarmente se dice.

Y ocurrió lo que suele suceder: el obrero á la cárcel y el señorito, el cap de colla, en libertad.

En la semana trágica de Barcelona pasó dos cuartos de lo mismo: Lerroux, Emiliano Iglesias y demás corifeos, á casita que llueve; los obreros, los hombres de blusa, en la calle, en las barricadas, en el peligro.

Realmente es un dolor.

EL RADICAL

SEMANARIO POPULAR

Redacción y administración:

PLAZA O'CALLAGHAN, 5

ANUNCIOS

á precios convencionales

IMPRENTA

* DE *

FRANCISCO BIARNES

Plaza de O'Callaghán, 5 (frente al ex-hospital)

TORTOSA

En este establecimiento, que cuenta con numeroso personal, así como con abundancia de material, se imprime toda clase de trabajos, por delicados que sean, á precios económicos.

J. FERRER



Especialista en enfermedades de mujeres y niños

PARTOS

Consulta de 10 á 1 y de 4 á 6

Plaza Catedral, núm. 2, principal